

Cuando la bata se vuelve una carga y la humanidad del médico se pierde



Gabriela Elizabeth Moreno Ledesma
AMFOMUAS
gabrielamoreno225020@gmail.com

La primera vez que sentí que algo no estaba bien fue cuando fui rechazada en el programa educativo que yo había seleccionado, “Licenciatura en Médico General”. Fue una decepción tremenda ver que todos decían que ya habían llegado los mensajes de aceptación, para luego checar el portal de admisión y ver que no fui aceptada. Ahí fue cuando pensé que se había acabado todo para mí, que ya no tendría futuro y no supe qué hacer, en ese mismo día, fue donde la ansiedad y la depresión aparecieron.

Los pensamientos autosaboteadores no salían de mi cabeza, y yo solo pensaba en que ya no tendría un futuro y no sabría lo que haría, puesto que, no tenía ninguna otra opción, sin embargo, tiempo después abrieron una convocatoria para el llamado “grupo adicional” más informalmente conocido como “grupo A”. Fue una competencia hasta poder entrar ahí, ya que, de todos los aspirantes rechazados, solo 200 pueden ser seleccionados para entrar en ese grupo, fue una agonía y estar a la espera de la respuesta de si me habían aceptado, la espera fue sumamente larga, pero afortunadamente logré entrar a ese grupo.

Yo creía que sería como asistir a clases normales y tomar los exámenes necesarios cuando fuese tiempo de hacerlos, pero no.

Nuestra aflicción empezaba a las 6 de la mañana teniendo que llegar a hacer fila a esa hora afuera del salón para poder tener un buen lugar y poder lograr escuchar bien las clases, nuestro horario real comenzaba a las 8 AM, así que durante esas dos horas restantes teníamos que estar parados o sentados en el piso esperando a que nos abrieran el salón, sintiendo todo el calor o el frío, dependiendo del clima. Aquí en Mazatlán el calor es muy intenso por lo que esperar fuera puedo describirlo como estar en un “infierno”.

Los exámenes teníamos que hacerlos cada fin de semana los días viernes y sábados, y a veces sábados y domingos; hubo una época de “parciales” por así llamarlos, donde hacíamos dos exámenes diferentes cada fin de semana, eso significaba estudiar dos materias diferentes en lo que restaba de la semana para poder presentarlos, lo cual, era realmente muy poco tiempo para todos los temas que se veían en la semana.

Algunas clases no estaban bien impartidas y tenías que recurrir a enseñarte la materia por tu cuenta, cabe mencionar que los exámenes no los aplicaban los docentes que nos daban las clases a nosotros, si no otra sede que no veían los mismos temas que nosotros, por lo que al momento de hacer el examen, no contábamos los conocimientos necesarios para poder pasarlos.

Era extremadamente frustrante tanta carga académica, dar lo mejor de ti y que aun así no fuese suficiente para pasar esos exámenes que eran tan difíciles, sobre todo contando las actividades pre-examen que teníamos que hacer para que nos dejaran realizar el examen. El requisito para poder pertenecer al grupo regular como estudiante, era acreditar el 100% de las materias, es decir, no reprobar ninguna materia, lo cual era prácticamente imposible en ese grupo.

Fue un desgaste emocional y físico tremendo competir con los demás constantemente, para poder destacar y que te pudieran dar un lugar como estudiante regular. Después de hacer los exámenes parciales, llegaron los exámenes finales, los cuales eran uno cada día. Para poder entrar a hacer estos exámenes nos tomaron nuestros datos biométricos para que no se hiciera algún tipo de trampa, de igual manera teníamos que llegar realmente temprano para poder hacer el examen a tiempo y salir antes. La ansiedad y los nervios se apoderaban de ti en absolutamente cada examen y dependiendo si los pasabas o no era tu estado de ánimo.

Pasó el tiempo y la agonía de estar en el grupo adicional terminó, llegaron vacaciones y con ellas el momento de los aspirantes seleccionados de nuevo, tuve que esperar un mes a que dieran los resultados de quien había sido admitido para entrar a la escuela como alumno regular, afortunadamente logré pasar la etapa preliminar y me escogieron como alumno regular. Yo creía que después de eso ya todo sería más fácil, pero no fue así.

Resulta que había continuaciones de algunas materias que llevábamos en el grupo adicional y no aprendí bien, esto me complicó muchísimo las cosas para poder sobrellevar la nueva materia, ya que no tenía las bases necesarias para poder comprender con mejor certeza las nuevas materias, fue tan frustrante ver como mis compañeros lograban ponerse al día mientras yo seguía estancada. Incluso pensaba si esa era la carrera indicada para mí.

Demasiadas veces pensé en desertar, porque sentía que no era lo suficientemente buena, que no lograría ser una buena médica en el futuro y que nunca podría lograrlo, todo esto lo viví en silencio; sin tener a nadie a quien poder contárselo o decirlo, lo que hacía más sofocante la carga, sin embargo, estaba ahí por alguna razón, aún no sé muy bien cuál es, pero espero descubrirla sobre la marcha.

Mientras intentaba ponerme al corriente con una materia, descuidaba las demás y eso era un horror fatal que podía costarme muy caro a la hora del examen, era una sobrecarga de situaciones tremenda tanto escolares como problemas fuera de lo académico, teniendo que lidiar con todo sola y en silencio. Me costaba concentrarme, dormía y comía mal, y cada vez que pensaba en el futuro lo veía borroso. Lo difícil y frustrante era pensar que era la única que pasaba por esto.

En medicina aprendemos a diagnosticar, a tratar, a salvar, pero rara vez se nos enseña a mirar hacia adentro, la ansiedad y depresión son temas que se aprenden en clase, pero se silencian fuera de ella. Existe una cultura de fortaleza que nos obliga a seguir, a no mostrar debilidad, a competir entre nosotros, a ver quién será el mejor médico incluso cuando estamos al borde del colapso.

Durante meses me convencí de que lo mío era falta de disciplina, y me exigía cada vez más, me culpaba por no poder rendir como antes, me repetía: “si los demás pueden ¿por qué yo no?”, hasta que un día en una charla informal con amigos una chica dijo: “yo también he sentido que no puedo más”, esa frase fue el punto de quiebre que me hizo reconocer que no era la única y que no estaba sola en esto.

Cuidarse implica reconocer que no somos máquinas, que detrás de la bata hay una persona que también necesita ser escuchada y cuidada, porque si bien la medicina exige un compromiso, también exige humanidad. Y esa humanidad, comienza por uno mismo.

Al final, cuidarse no es un lujo, es una necesidad. Es la forma de continuar y sanar y , sobre todo, de recordar que incluso en los momentos difíciles y oscuros, no estamos solos.